



El problema del crédito político

Como estos nuestros artículos, lector amigo, forman un complejo, una unidad, una obra, conviene de vez en cuando anudar y reforzar el hilo que los une, el nexo de su continuidad. Y esto exige ciertas digresiones metodológicas, como la que vamos a hacer hoy. Y perdonamos por esta vez si entramos en disquisiciones algo sutiles. Nos es preciso fijar nuestro lenguaje y definir ciertos conceptos o dejar a lo menos sentado que son indefinibles.

Por ahora se trata de eso que se llama el prestigio; prestigio de un hombre, de una corporación, de una institución, de un instituto — armado, inerme o por armar — o de una entidad espiritual cualquiera. Y decimos espiritual porque el prestigio es cosa de espíritu y no de materia. Y el prestigio está íntimamente relacionado con el crédito y con la fe. Con la fe pública y con la privada.

Empecemos por el crédito y veamos lo que es en economía política, donde se habla de establecimientos de crédito. Se dice que un Banco de emisión puede emitir billetes mientras tenga crédito; es decir, mientras el público crea que tiene valores sólidos y solventes con que responder del papel que emite. Pero a poco que uno se fije verá que al aceptar un billete en pago de algo no nos importa tanto saber si el Banco puede o no responder cuanto saber si los otros creen en su responsabilidad. Aun creyendo a un Banco en quiebra tomaremos sus papeles de crédito si creemos que los otros creen en su valor, como aceptamos una moneda falsa, a sabiendas de que lo es, si creemos poder hacerla pasar. Y así resulta que el crédito depende de que creamos que los otros creen en la solvencia de su objeto. ¡Pura psicología!

Se dice «prestar crédito» como se dice «dar fe», y en latín el verbo «credere» — de que vino nuestro creer — es compuesto y equivale a eso, a «dar o poner fe» en algo. Acreditamos a alguien o a algo prestándole crédito, dándole fe. Y de aquí el prestigio.

Sólo que ese crédito, ese prestigio, esa autoridad puede ser lo que llamamos un valor entendido. O sea que todos sabemos que el individuo a quien prestamos crédito está en quiebra, en pleno fracaso, pero nos conviene cultivarlo y aprovecharnos de él y fingimos creer que los demás creen en él. Y así un político completamente fracasado y sin solvencia moral alguna, puede actuar con el crédito que le prestamos temerosos de los resultados de su liquidación. Y quien dice un político dice una institución. Puede no caer en ella nadie y prestarle crédito para que viva mientras rinda algún interés.

El crédito es un fenómeno social, y puede gozar de crédito público un sujeto en

quien nadie individualmente cree, y ello porque a cada uno le conviene hacer creer que cree que los otros creen en él. ¡En qué lío nos vamos metiendo, Santo Dios!

¡Y en esto de la fe y del crédito hay cada misterio! Entre otros el que expresan aquellas palabras del Evangelio: «Creo, Señor; ayuda a mi incredulidad!» Porque el que así dice cree sin creer, o mejor quiere creer. Y acaso cree que otros creen.

En la vida pública política sostienen hombres e instituciones porque las gentes fingen creer que otros creen en ellos. Hay autoridades políticas, y hasta de las llamadas máximas, que son un valor entendido. Todos están en el secreto, pero todos lo mantienen secreto; todos saben que el Banco quebró, pero a todos les conviene hacer creer que creen en su solvencia; y sobre todo que creen en la creencia ajena en ella.

Al llegar acá nuestro lector, se lo estamos oyendo, exclamará: «Bueno, bueno; ya se nos ha vuelto este hombre a sus logomaquías, dejándose de hablar liso y llano y de cosas concretas y de actualidad; ya se nos viene con metafísicas.» «Pero es, lector amigo, que te advertimos de que este artículo era una digresión metodológica, y en él se trata de cosas tan espirituales como son el prestigio, el crédito y la fe. ¿No te gusta esto? ¿No estás para sutilidades?»

Volveremos, pues, a lo concreto, a lo material, y nos dejaremos de psicologías y espiritualidades. Nuestros problemas, después de todo, no son problemas psicológicos ni espirituales; no son problemas de crédito, ni de prestigio, ni de fe. Son otros más materiales. Por ejemplo:

Se trata de averiguar qué cantidad, X, de combustible — en forma de huevos, bistecques, jamón, callos y caracoles, morcilla, alubias, pimentón, etc., etc., — habrá que suministrar a don Juan de La Cierva, a fin de que desarrolle las calorías necesarias para estarse tantas horas en la poltrona despachando expedientes o redactando órdenes, hacer un viaje a Melilla, hablar tanto o cuanto en el Consejo de ministros o con el rey o evacuar unas dadas longitud y latitud de discurso en el Congreso. Este no es un problema de psicología ni nada tiene que ver con el crédito ni con cosa alguna espiritual e imponderable, sino que es un problema de zootecnia política y en que se trata de trabajo. Pero de trabajo en el sentido mecánico. Porque la política — llamémosla así — cervuna se pesa, mide, cuenta y descuenta. Los imponderables, ni nada espiritual, no entran en ella. El patriotismo mismo es en ella una sustancia ponderable y material; un pasto como otro cualquiera, una pasta.

Ya ve el lector adónde nos lleva su aversión al estudio de los problemas psicológicos del crédito político. A caer en la zootecnia política.

Miguel DE UNAMUNO.

